

PONTIFICIA UNIVERSIDAD, CATÓLICA DEL PERÚ

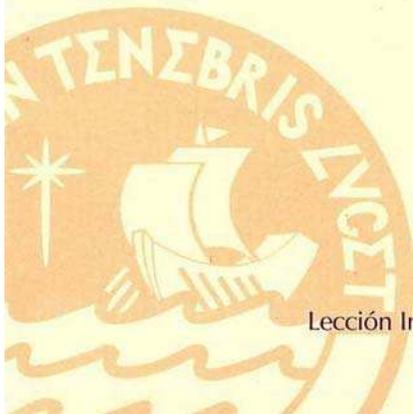


CUADERNOS
de la
Facultad
de Letras y
Ciencias
Humanas

20/

¿POR QUÉ
ESTUDIAMOS HISTORIA?

José Agustín de la Puente Candamo



Lección Inaugural del Año Académico 1998

José Agustín de la Puente Candamo
Profesor Principal
Sección de Historia
Departamento de Humanidades

¿POR QUÉ ESTUDIAMOS HISTORIA?

En esta ocasión, me corresponde presentar algunas consideraciones sobre la enseñanza de la historia; específicamente, de la historia nacional. La pregunta esencial es la siguiente: ¿Por qué enseñamos la historia del país en el que nacimos y al que pertenecemos? Sin embargo, no es ése el único problema que enfrentamos: al tiempo que procuramos respuestas a esta interrogante, debemos pensar en el destinatario de nuestras enseñanzas.

La primera consideración debe orientarse al hombre mismo, a la persona humana. El hombre, desde el momento de su concepción, es un ser histórico puesto que pertenece a una familia y a una comunidad nacional. El recién nacido ingresa al mundo histórico de sus padres y hace suyos determinados valores, recuerdos compartidos y creencias. De este modo, el hombre, desde su existencia primerísima, es un ser histórico, singular, irrepetible y trascendente que tiene un nombre y un apellido que son sólo de él, y está ubicado en una cronología determinada. La persona humana no es pues ni un número en un conjunto mayor ni un signo en la informática.

Pues bien, si no se atiende a la historia de ese hombre hipotético al que dirigimos nuestra enseñanza, mal se le puede

comprender. La historia es una dimensión del ser humano encarnado en un ambiente concreto. Igual que la teología, la filosofía, el lenguaje o las matemáticas, la historia es una disciplina medular, necesaria para una comprensión plena de la persona.

Es cierto que muchos investigadores y profesores aceptan la conclusión anterior; sin embargo, en el ejercicio de su labor docente, le conceden mayor importancia al contorno inmediato, al éxito cercano y veloz, y no entienden la importancia del conocimiento histórico. Aun más, algunos profesores ven la historia como un "adorno" o un fenómeno desagradable, según las simpatías o los desafectos de cada persona.

Frente a estas y otras prácticas y creencias, debemos proceder a una suerte de "autocrítica" de nuestro desempeño como profesores. En primer lugar, debemos ser conscientes de que el conocimiento histórico persigue comprender el tema de estudio, no memorizarlo. Por ello, es necesario apartarnos de una enseñanza limitada al ejercicio puntual de la memoria, a la repetición de nombres, sucesos o fechas.

Por otro lado, hay que reconocer la responsabilidad ilimitada de los profesores. No podemos dejar de señalar que esa responsabilidad no debe dejarnos olvidar los casos de docentes que reducen su esfuerzo a la historia política, militar e ideológica y se olvidan del conocimiento histórico integral o lo consideran como de "segunda importancia".

Un buen camino para, desde el aula escolar, ganar el interés y el cariño del alumno por los temas históricos del propio país es acudir a la enseñanza de lo habitual y de lo común. La experiencia sugiere que la vida cotidiana convoca con mayor probabilidad las preocupaciones intelectuales y sociales de los estudiantes. En cambio, si sólo se le habla de personajes solemnes, de política o

de guerras, el alumno se fatiga y, paradójicamente, no identifica ni su lugar ni el de su familia en la historia. Aunque pueda parecer absurdo, el estudiante termina por sentir que la historia que estudia en el aula es ajena. Es tarea capital modificar este panorama.

La enseñanza de lo cotidiano, sin olvidar los otros campos de los estudios históricos, abre posibilidades que convocan el entusiasmo del hombre joven. En lo cotidiano, el alumno se encuentra y reconoce que la historia no le es ajena, que le pertenece. Diversos casos se pueden proponer, como, por ejemplo, la vida doméstica y familiar. Es interesante demostrarle al estudiante cómo todo -lo pequeño y lo grande- tiene su propia historia. La alimentación, el vestido, la vivienda, los muebles y adornos, las fiestas y los duelos, las visitas y la conversación, los valores, los espectáculos, las diversiones, las lecturas, las enfermedades y tantos temas más. Y cada uno de los asuntos anteriores se puede trabajar como parte de las tradiciones de la propia ciudad, de la provincia o de la región. En la clase, el alumno puede contar las experiencias familiares que escucha de sus padres y abuelos.

Un profesor que trabaje bien la vida cotidiana, que no omita analogías con otros aspectos de la vida humana ni olvide las referencias a la geografía y la literatura, ganará el entusiasmo creador del estudiante. Este estudiante entusiasmado podrá más fácilmente interesarse en otros campos de la historia -el militar, el político, el ideológico- y construirse una imagen integral de la vida de su propio país.

El conocimiento cierto y veraz de la historia del propio país es el único rumbo para vencer las actitudes producidas por las deformaciones de la concepción de la relación entre el hombre y su pasado. Puede reconocerse el caso del hombre que, por ignorancia o conocimientos deformados, desdeña e ignora el

pasado de su país. Ese hombre se torna en una especie de forastero en su propia tierra, vive sin arraigo alguno y está descontento con su realidad y con él mismo. Lo asedia el decaimiento y entra en el camino de la actualmente llamada "cultura de la derrota". Esta posición de negación de lo propio - expresa o implícita- suele llevar a una frívola y vacía admiración por lo extranjero. El hombre que desconoce o deforma su historia no puede elogiar legítimamente las realidades que lo merecen, sin importar dónde se encuentren; por el contrario, y ahí está la gravedad, termina por apartarse o negar lo propio.

Hay que añadir una reflexión: el pasado nuestro -como en general sucede en la vida de los pueblos- no es necesariamente apacible y sereno. Hay tiempos duros, con experiencias dolorosas e injustas que no se pueden desconocer. No obstante, esa realidad que llamamos "pasado" -con lo bueno, lo dudoso y lo malo- es nuestra, nos pertenece. Aunque frecuentemente escuchamos a los jóvenes decir frases como "Yo no soy responsable de lo que sucedió cuando yo no existía", es evidente que ese pasado nos pertenece tanto como me pertenecen mi nombre y mis apellidos, mi rostro y la lengua que aprendí sin profesor al escuchar de mis padres las primeras palabras. Un poeta francés -durante la Primera Guerra Mundial- expresó de modo simple y claro que todo lo que había sucedido en el territorio de Francia era suyo, le pertenecía. Igual ocurre en el caso del mundo histórico, geográfico y social en el cual Dios ha permitido mi nacimiento; no se me consultó, mas es mío.

También ocurre a veces que, por discrepancias o desacuerdos, por razones ideológicas o políticas, se niega el pasado y se intenta "rehacerlo", pero no se puede "rehacer" el pasado de acuerdo con nuestros deseos. La historia de lo que pudo ser y no fue no es historia; en todo caso, es un ejercicio de posibilidades o de ficción. La historia deformada por el interés político tampoco es historia, sino un ejercicio de manipulación

consciente o el fruto del olvido de los principios propios de la investigación académica.

Se entiende que uno pueda ver con dolor un pasado injusto o negativo, mas no se puede rechazar ese pasado como ajeno. Sea doloroso o desagradable, me pertenece, es mío. En síntesis, es necesario subrayar y vivir el orden natural de la vida, todo lo que es nuestro, no porque cada uno de nosotros lo haya decidido o elegido personalmente, sino porque es fruto de realidades históricas que nos pertenecen por la voluntad divina, sin que cada uno de nosotros las haya elegido singularmente.

Las diversas actitudes descritas se apoyan en una interpretación indebida del pasado y de nuestro vínculo con él. Pensemos directamente en el pasado y en nuestra relación personal con lo pretérito.

El filósofo español Javier Zubiri, en su luminoso libro *Naturaleza, Historia, Dios*,¹ propone con claridad nuestro nexos con el pasado. Veamos un fragmento de su trabajo:

"...en lo que es hoy, en su presente, está incluso actualmente lo que fue en su pasado. Nada de lo que alguna vez fue se pierde por completo. El tiempo no es pura sucesión, sino un ingrediente de la constitución misma del espíritu. La historia no es simple sucesión de estados reales, sino una parte formal de la realidad misma. El hombre no sólo ha tenido y está teniendo historia: el hombre es, en parte, su propia historia. Esto justifica la ocupación con el pasado: ocuparse del pasado es, en tal caso, ocuparse del presente. El pasado no sobrevive en el presente bajo forma de recuerdo, sino bajo forma de realidad." (pp. 389-390).

Asumamos las consideraciones de Zubiri para proseguir

¹ Javier Zubiri. *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, 1960.

nuestras disquisiciones sobre el pasado.

Este rico y aleccionador pasaje nos ofrece aportes muy valiosos para entender nuestro trabajo con el pasado; vale decir, para entender la historia. La idea central es que el pasado no muere, sino que vive en el presente, no sólo como un recuerdo, sino como forma de la realidad. Por esta razón, ocuparse del pasado es una buena manera de trabajar con el presente para entenderlo mejor.

Si el profesor explica con palabras adecuadas la visión dinámica y presente del pasado, el estudiante entenderá las razones por las cuales lo estudiamos y, con ejemplos apropiados, podrá advertir que el pasado es un "ingrediente" del presente y no un mero recuerdo distante. Pero, evidentemente, no es fácil que el alumno capte con rapidez la presencia del pasado; siempre lo que sucedió, especialmente para un joven, se muestra como un asunto lejano y preñado de confusiones. Hay que mostrar en clase, con ejemplos de diverso contenido, cómo la vida principia antes de la generación presente; cómo en el pasado, igual que en otro tiempo, hay aciertos y errores, y cómo la negación de lo pretérito es una forma de destrucción de uno mismo y del propio presente.

Si el profesor en la vida del colegio le dice al alumno que el pasado de su país ha sido solamente afirmación de injusticias, que siempre el hombre injusto triunfó sobre el bueno, el estudiante, en su afectividad juvenil, se sentirá distante de ese mundo pretérito y, en muchos casos, lo rechazará. También podría suceder que el profesor optara, deliberadamente o no, por la creación y enseñanza de un mundo irreal y ficticio. Aunque esta utopía haya nacido como fruto del cariño o la ilusión, lo más probable es que no sea sino una forma de evasión. Igualmente errónea sería la posición -sin duda escasa- del profesor que postulase una interpretación "dorada" del pasado.

Sin duda no es fácil, pero debemos insistir en la indispensable objetividad del profesor, en la necesidad de que él, en sus clases, no sea portador de elementos ajenos al conocimiento histórico o de hipótesis que puedan confundir al estudiante. La labor del historiador no es sólo un ejercicio teórico. Analizar la vivencia del pasado personal, del social y de las relaciones entre ambas tiene un clarísimo contenido vital

Una determinada experiencia inmediata u otra transmitida de generación en generación adquieren una presencia indudable en el comportamiento de todos los días y pueden, incluso, generar una forma de ser más o menos perdurable. Es el caso de los hombres de regiones del país que han soportado una dura relación con la autoridad o formas muy ásperas de trabajo que explicarían una visión sombría del pasado. Si, al examinar nuestras creencias sobre el pasado, nos damos cuenta de que nuestra visión es negativa, podemos estar seguros de que ese mundo que censuramos no nos es ajeno. La vivencia del pasado social es más que la simple suma de pasados personales, es la fuente creadora de un estilo de comportamiento comunitario.

No se puede desconocer que si la realidad del país fuera óptima, el juicio del pasado sería benévolo. No obstante, lo esencial es la continuidad y solidaridad con el pasado, la consciencia de que el pasado de mi comunidad no me es ajeno y de que hay que vivir en armonía con él.

Es urgente otra precisión. Del mismo modo que amo a mi familia con sus limitaciones y defectos, no debo olvidar el cariño que debo a mi país, no obstante sus yerros, injusticias o limitaciones. La "cultura de la derrota" carece de legitimidad. No debemos cultivar esa especie de regocijo al comentar o insistir en nuestras desgracias y defectos. Es necesario considerar -sin olvidar las injusticias y carencias- todo lo positivo y fecundo de la vida peruana. Debemos elevarnos sobre el lenguaje polémico de

las ideologías y de la política, superar la visión "rosada" de ceremonias y discursos retóricos, y dejar de lado el lenguaje siempre gris y negativo que sólo reconoce sombras en lo nuestro.

En respuesta a los negativos e iconoclastas, debemos superar el egoísmo personal y promover la participación del ciudadano en todos los niveles de la vida nacional para perfeccionar la presencia de la justicia en lo cotidiano y en lo oficial. Nuestro papel no es el de actuar como una suerte de "fiscales" severos que sólo observan lo negativo y se sienten aparte de su propia realidad.

Si orientamos al alumno por el rumbo de la visión del pasado como parte de su ser personal y social, la imagen de los hechos buena, mala o incierta- no lo llevará a apreciada distanciamiento, sino que fortalecerá en el ánimo la voluntad de trabajar por la sociedad, de enmendar errores y eliminar injusticias. El pasado, ingrediente de la vida presente, ofrece la continuidad en el tiempo y una actitud amplia y serena para ponderar los hechos. El pasado nos convierte en parte de lo que apreciamos, contemplamos o juzgamos.

Se podría preguntar por qué este desarrollo sobre la enseñanza de la historia se limita a la materia del pasado. No ignoramos el conjunto de obvios factores que el tema involucra; sin embargo, si no se establece el vínculo natural y espontáneo entre el hombre y su pasado, no se entenderá la razón de ser de los estudios históricos y nuestro esfuerzo será estéril.

En el Perú de nuestros días, los errores en la enseñanza de la historia -de los cuales hemos señalado algunos-, son causas de la evidente fragilidad de la conciencia histórica, de la vivencia reflexiva de la calidad de ser peruano. Sin un conocimiento básico de la historia del propio país y con una óptica con frecuencia deformada, no debe asombrarnos la falta de interés en el estudio

de la relación entre el hombre y su historia.

Una de las tareas más urgentes en nuestra patria es el fortalecimiento del vínculo entre el hombre, su historia y su tierra. Que la crisis existe, es evidente. Podemos incluso recordar algunos tipos de comportamientos que señalan la existencia del problema. Veamos: aceptación de las épocas gratas y rechazo de las desagradables, combate constante contra una u otra manifestación del período histórico cuestionado, dedicación al análisis solamente negativo de nuestras realidades y actitudes, preferencia habitual del producto extranjero sobre el nacional, falta de solidaridad con compatriotas de una u otra región del país, mantenimiento de una posición racista ajena a la comprensión del mestizaje. En fin, éstas son sólo unas muestras de un comportamiento mayor, más amplio, y negativo. ¡Cuántos casos más se pueden presentar como expresión de esta forma de ruptura entre el hombre y su medio, entre el hombre y su historia! El fortalecimiento de la unidad del hombre con su historia es una tarea urgente para el futuro inmediato. Para ello, se necesita una íntegra y serena visión de la historia que nos permita vencer los obstáculos que desorientan al estudiante.

Además, no se puede omitir otro plano del estudio. Observamos con pesar que, desde la segunda mitad del siglo XX - desde las décadas de 1960 y 1970-, se inicia en la República, bajo signos políticos diversos y contrarios, el quebrantamiento económico y productivo que llevó al aumento del desempleo y al deterioro de la educación. Tal vez por esto el ciudadano es hoy severamente pesimista y moralmente relativista. No obstante hechos positivos fundamentales, como la derrota del terrorismo y la inflación y el robustecimiento macroeconómico, el hombre peruano ha adoptado una actitud de decaimiento frente a lo propio. El hombre, ante la fuerza negativa del presente, olvida la historia que ha creado al Perú, y olvida, igualmente, los factores positivos que perviven en nuestro medio.

Sin vanidades comunitarias, que son más desagradables que las vanidades personales, hay que recordar el origen milenario de la patria y la historia secular de la nación; no hay que olvidar que nuestro país, nuestra sociedad, tiene un sitio legítimo en la historia universal; no hay que perder la memoria de la raíz original de nuestra sociedad, del "encuentro" de culturas que, no obstante guerras, dominio e injusticias, creó -y es virtud del hombre andino, del español y del negro- un mundo nuevo, la sociedad mestiza; en fin, hay que releer a Garcilaso para reconocer la fuente de la nacionalidad. El estudiante debe conocer esta historia al lado de la depresión de la hora actual. El profesor debe proponer el ejemplo de vidas dedicadas al servicio del país y debe presentar las creaciones intelectuales, sociales y estéticas del hombre peruano y de nuestra cultura; en suma, el aporte del Perú a la historia universal. En la hora actual de la "globalización" es necesario y urgente afirmar la conciencia de la propia identidad.

Este tema nos lleva de la mano a la visión de la tarea capital en el Perú de la hora presente. Educar, no solamente instruir. Gobernar es educar. Formar, educar, primero al hombre, a la persona humana, antes que al técnico o al profesional.

Los profesores de historia debemos aportar conocimientos, ideas y criterios para la mejor formación del hombre peruano.

Fuente:

Puente Candamo, José Agustín de la, 1998, ¿Por qué estudiamos historia?, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Cuadernos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 20).

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.